En muchos hombres de treinta años, concurren un desarrollo físico muy esmerado y una inclinación definida por la moral tolstoiana. A estos hombres, después de treinta años de escepticismo pesimista, les faltaba un ideal, que Tolstoy les ha dado, sin que la mayoría de ellos lo hayan advertido. Del mismo modo, les agradaba una literatura en la cual los «movimientos del alma», aun lo inconsciente, ocupaba insensiblemente el lugar de los fenómenos pasionales o fisiológicos brutales. Así, pues, desde ambos puntos de vista estaban mejor preparados que sus primogénitos para la guerra. No es paradoja decir que es más fácil hacer la guerra que asistir a ella. Esta es, por lo menos, la impresión que produce comparar los actos de los que la viven con los escritos de quienes la «cantan,» en la acepción antigua de la palabra. Conocemos y hemos notado varias veces la impresión penosa hija de la lectura de ciertos trabajos frutos de las mejores intenciones, pero que, so color de «nacionalismo,» rompen con insigne torpeza ídolos que hoy desdeñan los mismos que ayer les profesaban harta admiración. Aque-